

## CON PIES DE PLOMO

GABRIEL TORRES ESPINOZA



X: @GabrielTorresEs

Nunca habíamos tenido tantas herramientas para acceder al conocimiento y, al mismo tiempo, nunca había sido tan difícil sostener procesos profundos de atención

## La universidad, ¿que deja de pensar?

La inteligencia artificial ha entrado a las universidades mexicanas con la velocidad de una promesa y con la fragilidad de una improvisación.

Mientras las instituciones celebran la incorporación de herramientas automatizadas, la estructura académica que debería orientar su uso permanece débil, fragmentada y, en muchos casos, ausente.

La discusión pública suele instalarse en una lógica binaria. O se glorifica la inteligencia artificial como la gran revolución educativa del siglo XXI o se le condena como una amenaza apocalíptica para el pensamiento humano. Ambas posturas resultan insuficientes. El problema no es la tecnología en sí misma, sino la forma acelerada, acrítica y desarticulada con la que se está integrando al espacio universitario.

Más de la mitad de las universidades mexicanas carecen de cualquier normativa para abordar el uso de inteligencia artificial. La mayoría tampoco dispone de mecanismos para evaluar su impacto pedagógico. Sin embargo, el entusiasmo institucional avanza con rapidez. Se promueve el uso de plataformas generativas, se ofrecen cursos de capacitación y se incorporan herramientas automatizadas en tareas administrativas y académicas. La universidad contemporánea parece haber adoptado la innovación tecnológica antes de preguntarse qué tipo de formación humana desea preservar.

La tensión de fondo no es tecnológica, sino intelectual. Cada avance en automatización modifica la relación entre esfuerzo y conocimiento. La escritura, la lectura profunda, la capacidad de análisis

y la reflexión crítica exigen tiempo, concentración y elaboración mental. La inteligencia artificial ofrece exactamente lo contrario. Inmediatez, simplificación y respuestas instantáneas. Allí radica el núcleo del dilema educativo contemporáneo.

Resulta significativo que una de las advertencias más severas provenga desde la propia academia. Pilar Durán, investigadora de la UNAM, señaló que el uso inadecuado de la inteligencia artificial puede provocar una disminución de la actividad cerebral y una pérdida progresiva de pensamiento crítico y curiosidad intelectual. No se trata de una afirmación menor. El deterioro de capacidades cognitivas esenciales comienza a emerger como uno de los costos invisibles de la automatización educativa.

Así las cosas, nunca habíamos tenido tantas herramientas para acceder al conocimiento y, al mismo tiempo, nunca había sido tan difícil sostener procesos profundos de atención, análisis y comprensión. La inteligencia artificial llega precisamente sobre ese terreno debilitado.

El riesgo no consiste únicamente en que los estudiantes deleguen tareas a un algoritmo. El problema más profundo aparece cuando se delega el propio proceso de pensar. Una universidad puede modernizar sus sistemas administrativos, automatizar evaluaciones o incorporar asistentes conversacionales, pero

si en ese proceso erosiona la autonomía intelectual de sus estudiantes, entonces habrá confundido innovación con sustitución cognitiva.

La escritura manual, por ejemplo, no es una práctica nostálgica ni un ritual obsoleto. Diversos estudios han demostrado su importancia en la consolidación de la memoria, la comprensión y la organización del pensamiento. Lo mismo ocurre con la lectura extensa y el razonamiento argumentativo. Son ejercicios lentos que obligan a establecer conexiones complejas y a desarrollar estructuras de interpretación. La inteligencia artificial tiende a reducir esa fricción intelectual que precisamente hace posible el aprendizaje profundo.

Esto no implica rechazar la tecnología. Sería absurdo plantear una resistencia romántica frente a herramientas que ya forman parte de la vida académica y profesional.

La universidad no puede limitarse a enseñar el uso instrumental de plataformas generativas. Debe formar ciudadanos capaces de cuestionar sus resultados, identificar sesgos, verificar información y comprender las implicaciones políticas, culturales y cognitivas de la automatización.

Quizá el desafío universitario más importante de esta década no será tecnológico, sino profundamente humano. Preservar la capacidad de imaginar, dudar, interpretar y pensar críticamente en una época que premia la velocidad por encima de la reflexión. —

El problema más profundo aparece cuando se delega el propio proceso de pensar

## ME HIERVE EL BUCHE

TERESA VILIS

Contacto: lapuravilis@gmail.com



## No nos hagamos tarugos

El dinero, el amor y la Inteligencia Artificial... se notan. No nos hagamos tarugos.

Hoy, la mayoría de los textos que se leen en una redacción están hechos con IA. Empezando por los comunicados de gobierno, universidades o cualquier institución que quiera informar sobre sus actividades, o fijar una postura. No se diga lo que se publica ya como información en los medios. La IA se nota. Aunque el texto esté bien redactado, aunque no haya un solo error de ortografía, aunque suene profesional y neutro y completo.

Se nota.

Un texto sin IA tiene la huella de quien lo

escribió. El giro raro, el adjetivo de más, la cita que nadie necesitaba pero que el reportero metió porque le pareció importante. Esas imperfecciones son rastros. Ahora casi no hay rastros. Hay textos que no vienen de ningún lugar. Hay editores que "revisan" los textos, los meten a un sistema, le piden que redacte, y lo que sale es otra cosa. Una cosa correcta y sin carácter. Sin la coma que el reportero puso porque así respira la frase. Sin el verbo que eligió porque conoce el tema. El texto queda "bien". Pero es como un texto muerto, sin alma.

No nos hagamos tarugos.

El criterio periodístico no se genera con un prompt. Se necesitan años. Se construye leyendo libros de verdad. Escuchando a las fuentes con la atención de quien sabe que lo que no se dice importa tanto como lo que sí. Discutiendo con un editor que tiene argumentos. El criterio es sedimento. Tarda en hacerse. No hay manera de fingirlo.

La ignorancia también se nota, con IA o sin ella. Al reportero que no conoce el tema lo delatan sus preguntas sin filo, sus declaraciones sin contrapeso. Con el uso de estas tecnologías, hay textos que suenan bien y no arriesgan nada. Ninguna máquina puede inventar lo que el periodista no sabe. Puede

maquillar la ignorancia, ponerle estructura, darle aire de sabiduría. Pero la ignorancia sigue adentro, bien redactada. El texto sale igual de hueco, nomás que ahora está peinado.

El criterio amarillista también se nota. El que no sabe más que hacer drama con lo que ocurre, el que convierte cualquier cosa en escándalo porque investigar le queda grande y pensar le aburre. Ese tampoco se esconde. La IA lo viste igual, le corrige las faltas, le emprolaja el párrafo. Pero el fondo sigue siendo el mismo ruido disfrazado de información.

Si esto sigue así, el periodismo seguirá perdiendo lectores. No por culpa de esta herramienta sino por culpa de quienes la usan para no hacer su trabajo. Los textos planos, intercambiables, plagados de las mismas frases que cualquiera reconoce ya como marca de fábrica de la mediocridad asistida, le interesan a cada vez menos gente. Y con razón.

La Inteligencia Artificial no inventó esta insipidez. Solo la volvió más presentable. Usada sin oficio ni criterio produce textos que se leen como textos y no dicen nada. Una voz que no viene de ningún lugar, que nunca estuvo en ningún lado, que no tiene nada que decir y lo dice muy bien. Me hierve el buche. —

## LA TREMENDA CORTE

Que uno imagina la escena surrealista en la Comisión Permanente del Congreso Federal: **Mario Alberto López**, diputado del PVEM, puro en mano, tequila sobre la mesa, mientras presenta una iniciativa para declarar el 21 de enero como el Día Internacional del Mariachi. Todo muy folclórico, muy Jalisco, muy tequila y sombrero. Pero mientras el diputado ecológico se toma su caballito y defiende las tradiciones desde el escaño, en Jalisco los mismos del Verde le acaban de encajar una estocada a Morena: rompen la alianza y anuncian que irán solos en las elecciones locales de 2027. Así que, cuidado: un día el PVEM brinda contigo por el mariachi, y al otro te cambia la música en pleno baile. Eso sí, con puro y todo, pero sin avisar.

Que con tantos palos que han recibido, quizá lo único que falta es que lleven un brujo al Congreso de Jalisco. Porque la legislatura local no sale de una para meterse en otra: primero el affaire Bolaños, luego la tormenta en la magistratura, y ahora el papelón de la diputada **Tonantzin Cárdenas**, a quien el Tribunal Electoral federal acaba de decirle que no, que no hay violencia política de género contra ella por parte del gobernador **Pablo Lemus**. Los diputados jaliscienses andan tan "enrachados" que más de uno debería considerar una buena limpieza con hierbas, huevo y copal. Eso sí: que el brujo venga con factura, porque en el presupuesto del Congreso seguro alcanza para ceremonias prehispánicas. Total, para lo que trabajan...

Que también desde el grupo parlamentario de Morena en la Cámara de Diputados le lanzaron una idea brillante al gobernador de Jalisco, **Pablo Lemus**: integrar su sistema de salud al IMSS-Bienestar. Quizá no se enteraron, pero el mandatario estatal ya tiene una postura muy clara: no quiere, no va a ceder, y mientras tanto, de paso, también dice que no en educación. **Lemus** ha sido insistente: ni el IMSS-Bienestar, ni la reforma educativa que Morena impulsa. Nada. Pero los diputados morenistas, fieles a su estilo, insisten. —